El nacimiento de un nuevo sol

Paula Pérez André

XII Concurso de cuentos Repsol, S. A.
Segundo premio en lengua castellana

Año 1998

Acaba de amanecer. El silencio que me rodea es tan desesperante como los aullidos de una noche eterna que por fin se ha terminado. Ya nada me importa; ayer, parece que hace mucho, pero no, fue ayer, él murió en mis brazos y yo, desesperada, me pregunto porqué. Nadie osa responderme, quizá nadie tiene la respuesta.

Hace varios meses que comenzó esta pesadilla, este sueño que sin permiso se ha adueñado de mi vida convirtiéndola en un auténtico caos.

Le conocí hace un año y todo parecía ir bien, juntos creamos un mundo de fantasía en el que no nos importaba ni el tiempo ni la realidad.

Marcos estudiaba en mi misma clase y allí nos conocimos. Llegó nuevo al instituto y lo que al principio parecía ser una buena amistad acabó en algo más. Ahora sólo puedo recordar, recordar aquellos meses que fueron los más mágicos de mi vida. Cualquier cosa a su lado me parecía especial, cualquier día gris se teñía de miles de colores a su lado.

Yo no soy muy buena en los estudios, soy una alumna normal que encuentra sus dificultades como todo el mundo. Marcos, en cambio, era un desastre, suspendía hasta el recreo y creo que por eso me parecía, ¿cómo decirlo?, excitante, sí, creo que esa es la palabra adecuada para describirlo. Por eso, cuando me invitó aquella tarde a la playa, todo me pareció estupendo, fue el principio de una gran relación que no acabó como esperaba. Corrimos descalzos por la orilla

jugando como tontos, salpicándonos como niños pequeños, contemplamos el cielo azul tirados en la arena, de la mano, planeando infinitas aventuras. Y me gustó su naturalidad, su simpatía; todo desprendía una fuerza que nunca había sentido y por eso me dejé envolver por su mundo.

Los meses pasaron y, sin más, él empezó a cambiar. Sus ojos se tornaron fríos y su expresión de vida se trastocó por una de... de muerto viviente. Quise saber lo que le pasaba pero se había cerrado a mí. Ya no le importaba, ya todo le daba igual y poco a poco se fue alejando. En poco tiempo, Marcos murió para mí. Me costó olvidarle, pero lo conseguí.

Dejó el instituto y todo fue más fácil.

Hasta que un día lo vi. Estaba tirado en medio de una acera. La gente que pasaba lo miraba con indiferencia, otros con cara de lástima y algunos pasaban sin siquiera fijarse en que allí había alguien. Pero yo, yo lo vi y mi corazón se paró de pronto y comenzó a latir al instante con mucha fuerza. Su aspecto era horrible y en seguida pude comprender todo. Marcos había cambiado su mundo, nuestro mundo de colores, por un mundo en blanco y negro dominado por la droga. Me acerqué y le sonreí. Levantó sus ojos del suelo y aún pude ver allá, a lo lejos, un atisbo de aquel brillo que un día tuvieron. Creo que me conoció, porque sus labios esbozaron una tímida sonrisa. Pero, ¿qué podía hacer yo? Me di la vuelta para irme, hice de tripas corazón y preferí olvidarme, entonces dijo con voz entrecortada:

-Laura...

No pude, no podía dejarlo allí y menos en ese estado. Me di la vuelta.

-Marcos, -contesté.

Así comenzó mi pesadilla, esa en la que él hacía tiempo estaba metido: los tres meses que le siguieron y que acabaron ayer, así sin más. Cogí a Marcos como pude y lo llevé a mi casa. Mis padres se negaron a acogerlo allí. Imaginaban de todo, desde que les robaría para comprar droga, hasta que haría de camello en nuestra propia casa. Entonces me enfadé, no entendía que lo tratasen así, sobre todo recordando lo bien que les caía antes; supongo que tenía una venda en los ojos que no me dejaba ver la realidad, y la cruel y dura realidad es que Marcos, mi Marcos, ya había muerto y que estaba tan hundido en el fango que ni yo ni nadie podría levantarlo. No los escuché, hice oídos sordos y me lo llevé al trastero. Lo dejé allí con un par de mantas y algo de comer, y le prometí que al día siguiente, al regresar del instituto, volvería para ver si estaba bien. Sonrió y, ¿para qué mentir?, quizá entonces fuera tonta, pero su sonrisa me pareció sincera, tanto que yo se la devolví sin pensar en nada más. Hoy creo que lo único sincero que hubo entonces fue la confusión que inundaba mi mente. Esa noche apenas dormí, no hacía otra cosa que pensar en cómo podría ayudarle.

En clase, al día siguiente, no me sentí mejor, cada esquina me recordaba que él estaba allí, solo, encerrado en mi trastero como si fuese una rata o algo peor, ya que ésta, dentro de su cautividad, aún tiene libertad

para hurgar hasta en los rincones más ocultos, y él no la tenía. Me sentía tan mal que en el recreo decidí irme a casa. Necesitaba verle, preguntarle qué tal había pasado la noche, preguntarle si necesitaba algo, preguntarle ¿quién?, ¿por qué? y qué hacía en ese mundo, ese que antes había visto tan lejos y que de pronto se había acercado tanto a mí. Pero cual fue mi sorpresa que, al llegar, no había nadie, es más, no había nada, miles de objetos inservibles que se amontonaban por las estanterías, las botellas de licor que mi padre guardaba. Todo, incluso las mantas, habían desaparecido. No supe qué hacer, qué decir, simplemente lloré, miles de lágrimas recorrieron mi cara, lloré de angustia, de dolor, de rabia; sentí una rabia que nunca antes había sentido y no sabía por qué.

Bajé y no me quedó otro remedio que contárselo a mis padres. Se enfadaron conmigo, me gritaron por desobedecerles y yo me fui. Cerré la puerta de un golpe y me fui. Empecé a caminar por la calle. Entonces, sólo entonces me pregunté qué sería aquello por lo que tantos destrozan su vida y noté algo extraño en mi interior, una especie de curiosidad por... ¡Dios!, ¿qué estaba pensando? Sacudí mi cabeza una y otra vez para que la absurda idea se alejase de mi mente, pero mi mente la invadía una intensa oscuridad, una densa niebla que no dejaba traspasar ni un tenue rayo de luz. ¿Qué me estaba pasando? No lo entendí, no lo entiendo aún ahora. De pronto al cruzar una esquina, le vi y sentí ganas de gritarle, de pegarle y de reprocharle lo que me estaba haciendo, sin embargo no fui

capaz, su estado era lamentable, ¿qué le había pasado? Estaba tan colocado que dudo que se enterase de que la gente al pasar casi le pateaba al caminar. ¡Era horrible!, y una vez más sentí la necesidad de ofrecerle mi mano, pero recordé lo que había pasado esa misma mañana, recordé que él ya no era parte de mi vida, me lo repetí en voz alta y fuerte: «No, no eres parte de mi vida», aun así casi enloquezco al convencerme, una fuerza superior a mí me impulsaba a acercarme a él, quería besarle, pero no lo hice. Me di la vuelta y comencé a caminar, no recorrí unos cincuenta metros y ya me detuve, giré sobre mi misma y corrí, ¡sí, corrí entre la gente, desesperada, buscando, buscándole, y allí, allí le encontré! No me miró, sus ojos apenas podían mantenerse abiertos, era como si alguien hubiese puesto pesas en ellos, sus manos estaban frías, y en sus brazos pude ver las marcas de múltiples pinchazos y moratones que consiguieron que un escalofrío recorriese mi cuerpo. Me quedé allí, inmóvil, simplemente viéndole, sin saber qué hacer, me tragué mis lágrimas y lo cogí, ¡Dios, cómo pesaba! Ante las miradas atónitas de quienes pasaban lo arrastré como pude hasta una casa abandonada que estaba cerca de allí. Miraba a la gente con incredulidad, me parecía tan... ¿cómo nadie me echaba una mano? No podía comprenderlo, se limitaban a mirarme con ojos, mezcla de lástima y absurda hipocresía. Recordé a algunos de ellos echando sendas monedas en las huchas de las campañas contra la droga que organizábamos en el instituto y ahora, ¿ahora qué?; sentí asco, asco y repugnancia, una sensación

de desasosiego me invadió. Quería gritarles, insultarles y que escuchasen todo aquello que estaba viviendo pero ni siquiera podía hablar; en mi garganta las palabras se agolpaban formando un muro de odio que no se podía romper.
Ya habíamos llegado a la casa. El olor a humedad y a podredumbre era realmente nauseabundo pero sin duda era mejor que dormir en la calle. Respiré hondo antes de entrar y, aún con Marcos apoyado en mí, entré y lo tumbé en la primera habitación que encontré. Una vez más, nuestros ojos tropezaron y sentí de nuevo ganas de llorar; sentí ganas de pegarle, de chillarle y de dejarle allí, pero fui incapaz. Le sonreí y me levanté. Caminé por la casa y, a pesar de lo miedosa que soy, no sentí miedo, ya nada podía asustarme, después de haber visto lo que vi, de ver lo rápidamente que se puede destrozar una vida. De ningún modo podía tener miedo.

En otra habitación reconocí las mantas que la noche antes le había dado a Marcos, supuse que ya habría estado allí, las tomé del suelo y las llevé a su «habitación». Ahora dormía, reclinado sobre unos cartones, yacía como un inocente niño con cuerpo de hombre. Lo tapé. Salí afuera y me acerqué a una cabina: «Mamá, hoy no dormiré en casa. Ya hablaremos». Y colgué. Odiaba hablar con aquellos malditos aparatos. Volví a entrar y me tumbé junto a él, así, despierta, sin más, solamente podía quedarme allí velando por ¿su seguridad?, ni siquiera pensaba en la mía, solamente quería ayudarle sin saber aún cómo, tristemente ni yo encontraría la respuesta, ni nadie podría hacerlo.

Así pasaron varios días, iba por casa de vez en cuando pero faltaba a clase a la mínima oportunidad. Estaba allí con él, sabía que seguía drogándose, sabía que incluso me robaba en ocasiones, pero, ¡tonta de mí!, creí que conmigo a su lado estaría mejor, que nada podría pasarle si yo estaba con él, ¡qué confundida vivía!

A las tres semanas, harta de todo, harta de que faltase dinero, harta de aguantar sus falsas promesas de «mañana lo dejo» cuando llegaba por las noches con un cuelgue tal que casi no podía sostenerse sobre sus pies, harta de aquella vida de miseria en la que por él me había metido, y lo peor de todo es que en el fondo le quería, todavía le quiero.

Fueron muchas las veces en esas tres semanas que me ofreció chutarme, las veces que me ofreció que esnifara coca, pero me negué, no podía caer por él, por mí, no podía caer, ¿cómo conseguiría entonces ayudarle? Seguía ciega, no comprendía que a él le iba bien así y que yo, simplemente, era una garantía para que él tuviera droga, como quien dice, fresca cada día. Pero no aguanté más.

Recuerdo que era un día gris, las nubes amenazaban tormenta de un momento a otro, yo había ido al instituto y volví a «casa» por la tarde. Él estaba allí tirado sobre la manta, sus ojos casi no se mantenían abiertos, tenía una jeringuilla en la mano derecha, y sentí la necesidad de saber qué era aquello, si de veras valía la pena. Le arrebaté la jeringuilla aún medio

llena, la desinfecté y me pinché como tantas veces le había visto hacer a él. No me acuerdo bien qué pasó después, me sentía flotando, me sentía... ¡yo que sé cómo me sentía! A la mañana siguiente, cuando desperté, no me encontraba bien, él todavía dormía, entonces pensé en lo que había hecho, me asusté y me fui, volví a casa y en mucho tiempo no quise volver a pensar en él. No pasaba por aquella zona, evitaba la calle en la que lo había encontrado casi dos meses antes, volví a mi clase y mi vida volvió a ser aparentemente normal. Creí haber despertado de aquel mal sueño y, si por una parte me sentía aliviada, por otra algo en mi interior no andaba bien, preferí enterrarlo, dejarlo pasar y conseguí olvidarlo. Ahora menos que nunca entendía porqué había cambiado aquella maravillosa vida que él tenía y que compartíamos, por todo aquello, ya que no le veía sentido, ni siquiera me parecía excitante o morboso, me parecía algo estúpido.

Cuando casi habían pasado tres meses algo ocurrió: en la calle, al lado de mi portal, vi tirado a un chico, tan solo debía de tener unos catorce o quince años, y un nudo se me hizo en la boca del estómago; todo lo que había enterrado en mi interior brotó de nuevo y me puse a llorar. Lágrimas de impotencia enturbiaron mis ojos y sentí la incesante necesidad de verlo, de saber si a Marcos le había pasado algo. Me pasé tres días buscándole, tres largos días que fueron como años, en los que no dormí, y apenas comí, sólo vivía para encontrarlo, ese era mi único deseo y, al fin, después de recorrer las zonas más deprimidas y sucias

de la ciudad, lo encontré, bueno, encontré a un Marcos que esperaba y a la vez no deseaba encontrar, un Marcos que heló de pronto las lágrimas que inundaban mis ojos. Sin más, lo cogí de la mano y le susurré: «He vuelto». No creo que me escuchase, dudo incluso que supiera quién era, pero me quedé allí, en aquel barrio de las afueras, rodeada de basura y desperdicios, allí, mirándole, feliz y absorta a la vez por haberlo encontrado, estaba sedada ante el que tanto mal me había hecho, pero al que no podía evitar querer ante todo y sin importarme ni lo que pasaba ni lo que pudiera pasar. Y estuve pensando..., decidí que por la mañana cuando se despertase, cuando estuviese en mejor estado, intentaría hablar con él, intentaría que recapacitase, que se diera cuenta de que con ayuda podría escapar de todo aquello. Pensando, pensando... me dormí.

Cuando desperté, él seguía allí, me miraba de un modo extraño y, por un momento, sentí como si Marcos, aquel con el que tanto me había divertido, con el que había reído y llorado -mi Marcos- hubiera vuelto.

-Marcos, creo que deberíamos de hablar. -Él asintió.

-¿Quieres que te ayude? Sabes que si tú quisieras podrías escapar de todo esto. -Hubo un largo silencio.

-Gracias, Laura, gracias por estar a mi lado, por aguantarme, pero no creo ni en tu ayuda ni en la de nadie.

-No digas eso, sabes que si tú quisieras podrías hacerlo.

-Pero creo que ese es el problema, no sé si quiero dejarlo.

Esta fue la última vez que volví a hablar con él. Se levantó y se fue, me sentía realmente frustrada, percibí que mi presencia allí era inútil y cogí mis cosas y, sin mirar atrás, me marché.

Estaba ya atardeciendo, me paré en un banco de los del muelle que hay de camino a mi casa y allí contemple cómo un día más se acababa, cómo el sol teñía el cielo de rojos y naranjas como si sangrase y lloré desahogándome y me juré no volver más atrás. Me fui a casa y me acosté, no pude dormir, un extraño presentimiento latía dentro de mí, me levanté y salí al balcón, el cielo estaba de un azul muy oscuro, tanto que me dio miedo, me estremecí y supe que necesitaba verle, aunque fuera por última vez. Me vestí y salí fuera después de dejar una nota a mis padres. Comencé a caminar por la calle solitaria y fría y llegué a aquella especie de casa embrujada en la que había pasado ya demasiado tiempo, entré y le vi. Estaba dormido y rodeado por restos de toda clase de sustancias, pero su cara simulaba un estado de total tranquilidad. Me senté junto a él y apoyé su cabeza en mi regazo, pude oír su respiración entrecortada. Cerré mis ojos durante unos minutos pero cuando desperté, noté un frío aterrador; lo miré, sus ojos abiertos estaban clavados en el infinito, entonces lo comprendí, me acerqué a su boca y no

oí nada. En silencio lloré su muerte, era consciente de la realidad y no entendía nada. Ahora sólo puedo recordar los buenos momentos.

Acaba de amanecer, todo se ha acabado, la desesperación casi no me deja respirar, me siento realmente mal, pero en el fondo una certeza calma mi dolor: tras el cuerpo que hoy en mis brazos murió, quedará su alma intacta, y nuestra historia quizá sirva para que otros que un día cayeron no lo vuelvan a hacer y tengan fuerzas para levantarse y los que no lo hicieron sean capaces de resistirse y así vencer.